

## DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL BANCO CENTRAL DE CHILE AL SENADO CON OCASIÓN DE LA PRESENTACIÓN DEL INFORME ANUAL 1998

### I. Introducción

Lo que comenzó como una crisis que parecía acotada a un país del Asia se transformó en lo que hoy ya se reconoce como una crisis global. La debilidad de los sistemas financieros y la falta de información completa sobre las obligaciones externas amplificaron lo que pudo ser un simple proceso de ajuste de una cuenta corriente deficitaria hasta convertirlo en un problema que contagió a muchos países. La violenta devaluación de sus monedas, en vez de aminorar las dificultades las agravó, y la pérdida de confianza de los mercados se extendió a los países emergentes, incluso a la América Latina.

La economía chilena enfrenta tiempos difíciles. Aunque sus fundamentos son sólidos, la crisis externa, con sus negativos efectos sobre el comercio exterior y la cuenta de capitales, obliga a moderar el ritmo de crecimiento económico mientras no se recupere la estabilidad en los mercados internacionales. La fragilidad de la economía mundial exige disciplina y prudencia en la formulación de los objetivos macroeconómicos y flexibilidad en la aplicación de las políticas. El programa macroeconómico que se presenta en este Informe al Senado busca cumplir con estos requisitos. Como objetivo principal de este programa se persigue afianzar la estabilidad macroeconómica y financiera interna y externa, en un marco internacional muy restrictivo. Para lograrlo, se plantea reducir gradualmente el déficit de la cuenta corriente sobre una trayectoria sostenible en el mediano y largo plazo, consolidar los enormes avances hechos en la disminución de la inflación y lograr, como resultado, una tasa de crecimiento económico en el corto plazo coherente con el adverso escenario mundial. Ello abrirá las puertas para retomar en los años próximos el rápido proceso de desarrollo económico y social que ha caracterizado a nuestro país en esta década.

Las perspectivas sobre la trayectoria de la economía mundial durante los próximos dos años han experimentado un progresivo deterioro a medida que se conocen los alcances reales de la recesión en Asia y la extensión de sus efectos al resto de las economías del mundo. Asimismo, persiste la volatilidad de los mercados financieros internacionales de hecho cerrados para la gran mayoría de los países emergentes. Estos desarrollos externos tienen consecuencias de importancia sobre la economía chilena.

Por una parte, la desaceleración de la economía mundial ha restado dinamismo a la demanda de los principales productos básicos. En particular, el precio del cobre ha fluctuado cerca de los 75 centavos de dólar la libra en los últimos meses, casi 20 centavos por debajo de las expectativas iniciales, y el panorama externo no es favorable para esperar un repunte de este precio en el corto plazo. Sumando los aumentos y disminuciones en otros precios, se estima que para el presente año la reducción de los términos de intercambio alcanzará cerca del 10%, lo que resta del ingreso nacional el equivalente a dos puntos porcentuales, unos US\$ 1.600 millones. Nuestro país es \$ 1.600 millones de dólares más pobre como consecuencia de factores externos.

Por otra parte, en este escenario de mayor incertidumbre, los inversionistas internacionales se han volcado hacia las monedas, mercados e instrumentos considerados más seguros, impulsando un fuerte incremento generalizado en el costo del financiamiento externo de las economías emergentes y una reducción en el volumen de los flujos de capital hacia estos países. En el caso particular de la economía chilena, además, se ha observado una mayor demanda de las empresas, instituciones financieras y personas residentes en Chile por acumular activos en el exterior, incrementando la diversificación internacional de su portafolio y cubriendo riesgos asociados a las fluctuaciones del tipo de cambio.

Sin embargo, también hay desarrollos internos de importancia para entender la actual coyuntura. A través de los últimos años la demanda interna se ha caracterizado por un elevado dinamismo. En este período se ha observado un marcado y sostenido incremento en la tasa de inversión total, que ha llegado hasta un 27% del PIB en 1997, sin que haya sido acompañado por un aumento similar del ahorro nacional, todo medido a precios corrientes. En efecto, la tasa de ahorro ha permanecido prácticamente estable en el último sexenio, con fluctuaciones en torno a un promedio de 21% del PIB. Otra forma de ver lo mismo, el déficit de la cuenta corriente se ha ido ampliando gradualmente a lo largo de los últimos años.

Este desarrollo es consecuencia del optimismo prevaleciente a nivel de las empresas y consumidores dentro de un contexto de mayor disponibilidad de financiamiento interno y externo. En efecto, se ha generado una presión creciente por fondos en el mercado de crédito doméstico, impulsando al alza las tasas de interés internas y, a la vez, un mayor uso del ahorro externo (déficit de la cuenta corriente). Por su parte, el fuerte apetito de los inversionistas internacionales por incrementar su participación en la economía chilena, aun pagando el costo del encaje al financiamiento externo, ha provisto con creces los recursos necesarios para financiar este déficit. Así, durante 1997 la economía recibió recursos externos netos de aproximadamente 10% del PIB, casi el doble de los requerimientos de financiamiento del déficit de la cuenta corriente. La diferencia incrementó las reservas del Banco Central.

En este contexto de fuertes presiones de demanda interna, la crisis externa y su negativo impacto sobre la relación de términos de intercambio y la oferta de financiamiento externo, así como el aumento de la demanda por activos extranjeros, hicieron inevitable

la aplicación de un esfuerzo de contención de la demanda interna para llevar el déficit de cuenta corriente hacia niveles acordes con el nuevo escenario internacional.

Por su parte, el sistema financiero nacional muestra una posición sólida. El indicador de rentabilidad anualizado de la banca alcanzó a julio niveles cercanos al 14%, cifra que se considera adecuada. Asimismo, el crecimiento de las colocaciones en doce meses, aunque declinante, se mantiene en la actualidad por sobre el 12% y la cartera vencida como porcentaje del total de colocaciones, se mantiene en niveles razonables, en torno a 1.2%. La información referente a la clasificación privada de riesgo de las instituciones financieras, indica que el riesgo de los instrumentos de los bancos y financieras ha mejorado respecto del año pasado. Cabe destacar que el requerimiento de capital del sistema financiero, medido en torno al Indicador de Basilea, a junio arroja un nivel de capitalización de 11.5% sobre los activos riesgosos, casi 2% más que el año pasado. No obstante la solidez del sistema financiero, la mayor incertidumbre a nivel global, los cambios en precios relativos en marcha y el propio proceso de ajuste del crecimiento de la economía frente a la crisis externa, hacen necesario reforzar la supervisión de los mercados financieros y modernizar algunas regulaciones de manera de conciliar la apertura de nuevos espacios para la actividad financiera con el necesario perfeccionamiento de normas prudenciales.

## **II. Las Políticas en Aplicación**

En el período reciente, la combinación de políticas económicas se ha orientado a lograr una mezcla prudente entre mayor financiamiento externo y corrección del nivel de gasto interno. Las acciones del Banco Central han buscado promover un ajuste ordenado de precios relativos y evitar un deterioro en la tendencia de reducción de la inflación. Entre las principales medidas adoptadas, se cuentan la aplicación de una política monetaria con una orientación más restrictiva a partir de enero del presente año, junto con un mayor grado de flexibilidad en el manejo de la liquidez y la realización de intervenciones ocasionales en el mercado de divisas. Más recientemente, el 25 de junio, se anunció la implementación de una banda más estrecha como guía para el tipo de cambio, la provisión de nuevos instrumentos de cobertura cambiaria y la reducción del encaje en moneda extranjera.

Con el fin de evitar una sobre-reacción de corto plazo en el valor del tipo de cambio y facilitar el proceso de recomposición de cartera, el Banco Central ha vendido en diferentes ocasiones divisas en el mercado cambiario, revirtiendo así la tendencia de acumulación que se había producido en años anteriores, cuando se compraron los activos internacionales al valor del piso o cerca del piso de la anterior banda de flotación del tipo de cambio.

Asimismo, a lo largo de los últimos ocho meses, y como consecuencia de la mayor incertidumbre internacional, la política monetaria se ha dirigido a permitir un mayor grado de flexibilidad a las tasas de interés de corto plazo. Se ha buscado con ello evitar exacerbar las volatilidades en el tipo de cambio y frenar procesos especulativos contra el peso, mediante un control más estricto de la liquidez en moneda nacional. Esta es una respuesta apropiada para enfrentar períodos de turbulencias financieras; así lo demuestra la evidencia internacional y, en particular, la que se desprende de la experiencia reciente de las economías del Sudeste Asiático. Esta situación se hizo más evidente en los meses de enero y junio, así como también en las últimas semanas de agosto como consecuencia de la crisis en Rusia. De hecho, los fuertes incrementos de más de 1.000 puntos base que han experimentado los spreads de la deuda externa de casi todos los países emergentes, unidos a las expectativas de depreciación de las monedas, generan tasas internas de interés muy altas en todos ellos.

No cabe dudas que en períodos de turbulencias e incertidumbre como el actual, la defensa de la estabilidad macroeconómica puede generar costos, tanto en términos de mayores tasas de interés como de la moderación de la tasa de crecimiento, pero dicha defensa es indispensable para evitar las enormes pérdidas que puede traer el deterioro de la confianza en el manejo macroeconómico. La evidencia internacional, y especialmente la experiencia reciente de los países del Sudeste Asiático, demuestran claramente que una política vacilante, que no se decide a adoptar las medidas de ajuste necesarias, puede terminar en una pérdida de confianza financiera, situación que arrastra consigo consecuencias devastadoras en el sistema bancario, y pérdidas enormes y duraderas en la producción y en el empleo, así como también retrocesos en la estabilidad política y social.

Por su parte, la política fiscal ha impulsado una moderación adicional del gasto interno, realizando recortes al presupuesto de gastos del Fisco y de las empresas públicas. El impacto de estos recortes debiera operar con plenitud en la segunda mitad de 1998, de tal forma que el crecimiento de la absorción pública para el resto del año debe estar por debajo del crecimiento observado en su primera parte. Asimismo, tan importante como los recortes realizados en 1998, es el anuncio de una política fiscal cautelosa para 1999. El compromiso anunciado para acotar el crecimiento del gasto público a medio punto porcentual por debajo del crecimiento de la economía, esto es un aumento no superior al 3,3% real, es una señal que contribuye a despejar dudas, especialmente en un año con elecciones presidenciales. Este compromiso y su cumplimiento es altamente valorado por el Banco Central, como también lo es la disposición a realizar nuevos ajustes si fuese necesario. Es de notar, además, que el compromiso ya asumido acota en forma importante el reajuste posible de conceder en las negociaciones de salarios del sector público. El aporte del gasto público a la reducción del ritmo de crecimiento del gasto total de la economía es una contribución al crecimiento de ésta. A medida que las metas del gasto público se hagan efectivas, se irá reduciendo el nivel necesario de las tasas de interés para lograr el ajuste deseado, a la vez que permitirá fortalecer al sector externo de nuestra economía. Sin el ajuste del gasto público el peso que recaería sobre el sector productivo de la economía y sobre el empleo sería aun mayor. Debo aquí señalar que, al volver de nuestro reciente viaje a Washington, hemos comentado con el Ministro de Hacienda la conveniencia de hacer un esfuerzo aún mayor, llevando el crecimiento del gasto público por debajo del 3,3%. El Ministro ha recogido positivamente este comentario.

Los antecedentes más recientes indican que las principales variables económicas --crecimiento, cuenta corriente e inflación-- se mueven en la dirección apropiada. En el primer semestre del presente año, el Producto Interno Bruto (PIB) aumentó en 6,3% respecto de igual período del año anterior, mientras que la demanda interna creció en 10% en el mismo período, pero sobre una trayectoria de moderación. Las perspectivas para el déficit de la cuenta corriente se mantienen dentro de límites razonables dadas las circunstancias externas; y la inflación medida por el Índice de Precios al Consumidor (IPC) mostró una disminución desde 6,0% observado a fines del año pasado hasta 5,2% en agosto último. Por su parte, informaciones preliminares muestran que las

importaciones totales, por primera vez, se han reducido en términos absolutos en el mes de agosto comparado con agosto del año pasado, y también comparado con el mes de julio de este año. No hay dudas que el proceso de ajuste está en marcha. El programa macroeconómico que se presenta en este informe para este y el próximo año se basa en la consolidación de estas tendencias.

### III. Las Metas del Programa Macroeconómico

En primer lugar, la tasa de inflación ha de continuar sobre una trayectoria de reducción gradual. En el corto plazo, este compromiso se expresa en alcanzar la meta de inflación planteada para el presente año, reconociendo que las presiones provenientes del debilitamiento del peso y la inercia en el ritmo de crecimiento de los salarios nominales podrían retrasar ese logro algunos meses. Asimismo, las políticas macroeconómicas se orientarán para conseguir que en 1999 la inflación se sitúe alrededor de  $\pm 4,3\%$ , para continuar en los años venideros los avances hacia la estabilidad de precios.

La perseverancia en el objetivo de reducción de la inflación constituye un elemento fundamental para enmarcar la prudencia y disciplina que se requiere del conjunto de políticas económicas. El enfriamiento obligado de la economía y la favorable trayectoria de la inflación internacional abren espacios para realizar avances adicionales hacia la estabilidad de precios, sin generar costos sobre la economía. La meta inflacionaria descendente complementa la corrección esperada en otras variables macroeconómicas como el nivel de gasto interno y el déficit de la cuenta corriente, al tiempo que contribuye a estabilizar los mercados financieros y fortalece el conjunto de políticas económicas.

Hasta ahora la inflación medida por el IPC se ha mantenido estable en lo que va corrido del año, fluctuando levemente por encima de 5,0% anual. En este período, la moderación del ritmo inflacionario se ha visto favorecida por la normalización que mostraron los precios de los productos perecibles y la disminución de los precios de los combustibles. Sin embargo, los indicadores de inflación subyacente, a diferencia de la inflación medida por el IPC, muestran una trayectoria levemente ascendente a través del año. Este aumento se explica en parte importante, por los incrementos de precios de los rubros no transables y, en particular, de los servicios.

Esta evolución ascendente de las mediciones de inflación subyacente es consecuencia de las mayores presiones de demanda interna que comenzaron a acentuarse en la segunda mitad del año pasado, el empuje de los costos salariales y las mayores presiones de costos de importaciones.

A pesar de esta tendencia alcista, el escenario actual es propicio para consolidar dentro de los próximos trimestres los avances en la reducción de la inflación. El comportamiento más moderado de las ventas y la acumulación de excedentes de capacidad llevarán a reducir márgenes comerciales y, del mismo modo, los aumentos salariales que se observan hasta ahora deben tender a moderarse en los meses venideros o, alternativamente, el ritmo de crecimiento del empleo mostrará aún mayores señales de ajuste. Además, la disminución en los costos de materias primas y la reducción de los precios de importaciones en dólares para el presente año, así como un nivel de inflación externa positivo, pero bajo, para el próximo año, permitirán reducir presiones inflacionarias externas.

La consolidación de los resultados esperados en la reducción de los costos salariales y las presiones de inflación doméstica, requieren que las negociaciones de salarios públicos y privados se enmarquen dentro de los parámetros de menor inflación y crecimiento de productividad que se esperan para este y el año próximo. De lo contrario, se producirán desequilibrios que finalmente se reflejarán en mayor desempleo. Quisiera reiterar en esta oportunidad que, bajo las condiciones de ajuste indispensables para la economía chilena, es extraordinariamente importante que se reconozca la necesidad de moderar las presiones salariales para evitar aumentos innecesariamente elevados en las tasas de desempleo. En tiempos de estrechez, es inevitable elegir entre mayores salarios o mantención del empleo. Las limitaciones de la demanda impedirán, a la vez, que se manifiesten ampliaciones generalizadas de márgenes comerciales o de utilidades.

En segundo lugar, se estima que el déficit de cuenta corriente de 1998 alcanzará alrededor de los US\$ 5.150 millones, pero sobre una trayectoria de reducción hacia el próximo año, para situarse alrededor de US\$ 4.500 millones en 1999 (en torno a 5,5% del PIB). La cifra proyectada para el presente año está por encima del déficit que se preveía un año atrás, US\$ 4.400 millones, lo que representa un incremento prudente en el uso del financiamiento en el comercio externo, pero al mismo tiempo es inferior en al menos US\$ 1.000 millones al que se podría haber generado de no mediar el proceso de ajuste en implementación. Así se busca un ajuste gradual del sector externo que minimice efectos negativos sobre el producto. En el mediano plazo, se busca una reducción adicional en el déficit de la cuenta corriente para alcanzar niveles más moderados, del orden del 4% al 5% del PIB, lo cual necesariamente plantea el desafío de aumentar substancialmente el ahorro interno si queremos mantener un crecimiento como el que acostumbramos en la última década.

Para el presente año en su conjunto, el volumen de las ventas al exterior crecería por encima de 7,0%, liderado por el crecimiento de las exportaciones no tradicionales. Este resultado se compara favorablemente con períodos anteriores de desaceleración en la economía mundial, en que las exportaciones chilenas han experimentado disminuciones más marcadas en su tasa de crecimiento. Así, las exportaciones continúan mostrando un ritmo de expansión sostenido y superior al crecimiento del PIB, como ha ocurrido en forma casi continua a lo largo de la última década.

Para el próximo año no se esperan cambios significativos en los precios de las materias primas de exportación. Por su parte, el volumen de los envíos al exterior experimentaría un aumento de aproximadamente 10%, resultado que se encuentra muy influido por el incremento de alrededor de 15% en los envíos de cobre que se espera para 1999. Por su parte, el proceso de ajuste de las

importaciones se acentuaría en la segunda mitad de este año, y su crecimiento sería muy moderado en 1999, coherente con la evolución esperada de la demanda interna.

En tercer lugar, la corrección en el saldo de las cuentas externas requiere acentuar el esfuerzo de contención de la demanda interna en lo que resta de este año y el próximo. En el corto plazo, esta situación, junto al menor empuje de la demanda externa, llevarán a una moderación del ritmo de crecimiento de la actividad económica en 1998, que de todos modos será una cifra apreciable (alrededor de 5%). A su vez, se requiere que el crecimiento de la demanda interna en 1999 sea muy moderado, lo que, junto con el repunte en la demanda externa neta -- esto es, la diferencia entre exportaciones e importaciones-- llevaría el crecimiento del PIB a un valor de alrededor de 3,8%. Este resultado, si bien, cerca de la mitad del crecimiento de tendencia de la última década, es adecuado considerando el complejo escenario externo y representa casi el doble del crecimiento mundial proyectado para 1999. En la medida que continúen avanzando las correcciones esperadas en la relación de gasto a ingreso nacional y que no se produzca un deterioro adicional del escenario externo, la economía estará en las condiciones apropiadas para entrar en una fase de gradual aceleración que conducirá hacia tasas de crecimiento más cercanas a su potencial. En cualquier caso, no debe perderse de vista que el crecimiento económico promedio de la presente década, aún con la moderada expansión esperada para 1999, es el mayor de este siglo.

A pesar de las contingencias de corto plazo, no se debe perder de vista que los fundamentos de mediano plazo de la economía chilena permanecen sólidos, y que es posible hacia el futuro continuar mostrando un desempeño tan exitoso como el de la última década. En definitiva, el potencial de crecimiento de la economía depende de su capacidad de inversión en capital físico y humano, la flexibilidad de los mercados y la iniciativa empresarial para incorporar nuevas tecnologías y desarrollar nuevos productos y servicios. En la actualidad, la tasa de inversión fija es la mayor desde que existen registros históricos, se observan progresos en el nivel de educación de la fuerza de trabajo y aparecen nuevos sectores que toman el liderazgo en el crecimiento económico. Hacia el futuro, la principal limitante para retomar la senda de crecimiento alto y sostenido es el esfuerzo de ahorro interno. La tasa de ahorro nacional debe aumentar por lo menos hasta 23% del PIB, cerca de dos puntos más que el promedio del último sexenio, con el fin de mantener la tasa de inversión en un nivel similar al observado en los últimos años, al mismo tiempo que el déficit de la cuenta corriente no supere límites prudentes, en el rango de 4% a 5% del PIB. Esa es la tarea que tenemos por delante.

#### **IV. Conclusiones**

La economía chilena enfrenta tiempos complejos. La crisis asiática, con sus efectos sobre el comercio exterior y el costo y disponibilidad del financiamiento externo, ha puesto y seguirá poniendo a prueba la voluntad del país para enfrentar los retos asociados a estos tiempos de turbulencia e incertidumbre internacional. Aunque la posición financiera es saludable y la economía tiene sus fundamentos sólidos, esta es la hora de reafirmar la convicción en políticas macroeconómicas prudentes y exigentes. Es imposible para el país mantener un crecimiento cercano al potencial en tanto las turbulencias externas no amainen y se consolide un proceso de recuperación de la estabilidad en los mercados mundiales. No reconocer que se debe afrontar un período relativamente más duro provocaría un efecto irremediablemente negativo en la administración económica del país, situación que por sí misma profundizaría significativamente los efectos de la crisis asiática. La globalización de los mercados y la fuerte vinculación de Chile con el resto del mundo, que han permitido al país una década de sostenido crecimiento, contienen también un elemento disciplinador sobre el manejo de las políticas macroeconómicas que no es posible soslayar y que obliga a una actitud permanentemente cautelosa y de gran celo en defensa de la estabilidad justamente en los momentos de prueba.

Las soluciones fáciles no existen. Todas acarrearán costos. En la actual coyuntura, cabe reafirmar el compromiso con el proceso de reducción gradual pero persistente de la inflación, hasta llevarla a una cifra cercana a 3% anual, así como perseguir el propósito de que el déficit en cuenta corriente se reduzca a partir de 1999 hasta que alcance niveles razonables entre 4% y 5% del PIB en el mediano plazo. Los instrumentos de política monetaria han de aplicarse de manera coherente con estos propósitos, confiando en la continuación de una política fiscal responsable y ajustada a los tiempos. El éxito de esta empresa se traducirá en que la economía nacional retornará en los próximos años a su crecimiento potencial, y en que los incrementos en la tasa de desempleo y la reducción en la tasa de crecimiento de los salarios serán fenómenos acotados y también temporales. Pero ese éxito depende en forma crucial de la credibilidad de las políticas. La ecuación es simple: a mayor credibilidad en las políticas macroeconómicas, por exigentes que sean, menor el sacrificio en cuanto a la desaceleración del crecimiento económico, del empleo y los salarios. El relajamiento prematuro de las políticas de ajuste o reacciones exageradas en el tipo de cambio, sólo arruinarán la estabilidad conseguida a lo largo de una década y conducirán al país a un período más prolongado de menor crecimiento y mayor inflación.

Sin embargo, las circunstancias externas son cambiantes, y obligan a ajustar nuestras políticas. Por ejemplo, en días pasados se han producido presiones contra el peso motivadas por el efecto contagio de las negativas evaluaciones internacionales de las políticas de otros países. Cinco bancos en el país manejaron de manera poco prudente su liquidez, forzando alzas inusuales de las tasas interbancarias.

Con el fin de desestimular una repetición de situaciones como éstas, el Consejo del Banco Central acordó dividir el período de encaje en dos subperíodos, para buscar un comportamiento más cauteloso en el manejo de la liquidez en el mercado. El acuerdo correspondiente se publicó en el día de ayer, y se aplicará en el próximo período de encaje, que comienza mañana 9 de septiembre.

Señor Presidente, señores Senadores:

El viernes 4 de septiembre recién pasado, al mediodía, concluyó en Washington una reunión sin precedentes: los Ministros de Hacienda y los Presidentes de los Bancos Centrales de nueve países latinoamericanos, de los Estados Unidos y de Canadá, a invitación del Director Gerente del Fondo Monetario Internacional, se reunieron en la sede de este organismo. Participaron también los presidentes del Banco Mundial y del BID. El propósito de la reunión fue intercambiar ideas sobre políticas económicas dirigidas a

enfrentar las difíciles situaciones de algunos de ellos en el contexto de una crisis internacional que se agrava. En el curso de la reunión, se anunció que una clasificadora internacional de riesgo había degradado la clasificación de Brasil y de Venezuela, y que señalaba estar estudiando una reducción de la clasificación de Argentina y de México. Rusia ha suspendido sus pagos; Japón aún no inicia un proceso de recuperación, y se mantiene en recesión con una pérdida de producto de 3,5%. Corea ha caído más de 6%; Indonesia lo ha hecho 16%; Malasia ha caído 7%; Tailandia 6,5%. La proyección del crecimiento de la economía mundial ha sido ya reducida tres veces en los últimos 6 meses. Aún más, no hace tres semanas que recibimos un borrador de la proyección de la economía mundial para 1999 hecha por el FMI, y ya se nos ha informado en Washington que esa proyección será nuevamente revisada hacia abajo antes de fines de este mes.

En ese contexto, hemos sostenido la necesidad de que el mundo actúe en conjunto para enfrentar la crisis. Señalamos que los países más ricos del orbe tienen en sus manos adoptar concertadamente las políticas que podrían empujar hacia arriba la economía mundial, de modo que los ajustes necesarios se hagan en un ambiente de crecimiento y no de recesión. Mientras se logran los difíciles acuerdos internacionales requeridos, si es que se logran, no podremos evitar recibir desde el exterior presiones negativas sobre nuestra economía. El Presidente Frei llevó esta preocupación a la reunión de los Presidentes de los países del Grupo de Río, lo que hará posible ejercer las acciones políticas necesarias para lograr avances sustantivos en la próxima Asamblea de Gobernadores del Banco Mundial y del FMI en octubre próximo.

Estamos preparados para continuar creciendo, pese a ellas. El país ha construido a través de los años bases muy sólidas en sus políticas y sus instituciones. Pero no podemos evitar reducir el ritmo de nuestro crecimiento para evitar la generación de desequilibrios insalvables que amenazarían mucho más que nuestra economía.

Continuaremos presionando por las soluciones internacionales necesarias. Pero, con o sin ellas, la responsabilidad de la economía chilena recae sobre los chilenos. Frente a las dificultades de hoy, pensamos que es necesario aunar las voluntades más que acentuar los desacuerdos; proteger a los más débiles antes que renunciar a los ajustes necesarios; enfrentar las dificultades y los obstáculos antes que esconderlos; y demostrar, una vez más, que este país, de economía y geografía difíciles, se sobrepone a los embates externos y es capaz de construir sobre ellos.